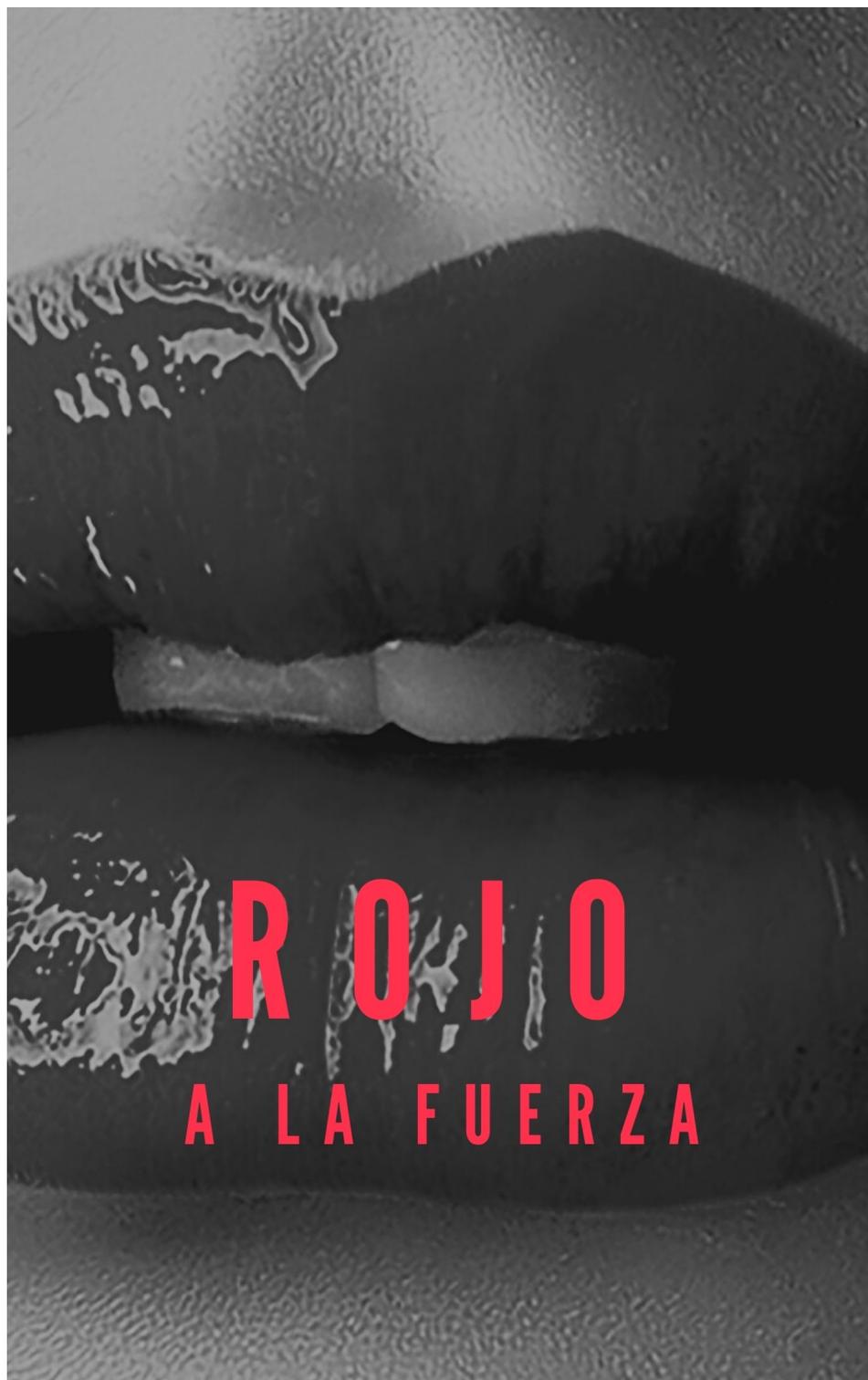


Rojo a la fuerza

Vicente Byrd



Capítulo 1

Nella gritó y lloró cuando se notó los dientes rotos. La sangre le chorreaba por la nariz y por la boca, y los labios se le habían pintado de rojo, como los labios de las señoritas que habíamos visto antes, solo que a ellas no les habían estampado la cara contra una pared. Hay mujeres, y hombres también, que se pintan de rojo porque les gusta, y eso está muy bien. Pero estas señoritas no habían elegido el rojo, y mi hermana Nella tampoco. Lo único que había elegido Nella es el banco en medio del parque que decidimos llamar "casa", al menos por una noche. Vivíamos en los bancos porque éramos huérfanos desde hacía tres días, y desde nuestra casa de madera vimos a las señoritas de rojo subirse al coche de un extraño, sin resistirse.

Y cuando se fueron ellas llegaron ellos, y a ellos no les importó que fuéramos huérfanos, pero sí les importó que Nella se resistiera. Y eso le costó los dientes. Yo no sabía que ellos pretendían convertir a mi hermana mayor en una señorita de rojo, pero tampoco tuve tiempo para pensarlo, porque ya se la llevaban a la fuerza con la sangre chorreando y el cuerpo mutilado y los labios pintados, y yo con mis cinco años solo sabía gritar, y con cinco años entendí que gritar no sirve para nada. Que puedes aullar y aullar hasta que te escuchen la luna y las estrellas, hasta que se te quiebre la voz y te quedas sin fuerzas, y sientas que se te rompe la garganta. Y la sangre chorrea, chorrea por la boca sin dientes: Los dientes rotos y la nariz rota, y el alma rota. Y ni un alma en los balcones. A la gente no le importa, y a los monstruos menos todavía.

Y yo solo tenía cinco años, pero cuando fui mayor me dijeron que entendiera a la gente y que perdonara a los monstruos. Que como sociedad habíamos hecho lo que habíamos podido. Que poquito a poco y a base de pequeñas acciones, ya vamos mejorando.